

NDABA MANDELA

EL CAMINO
A LA
MONTAÑA

LAS LECCIONES VITALES
DE MI ABUELO,
NELSON MANDELA



PAIDÓS

NDABA MANDELA

EL CAMINO A LA MONTAÑA

Las lecciones que aprendí de mi
abuelo, Nelson Mandela

Traducción de Ana Pedrero

PAIDÓS Contextos

Título original: *Going to the Mountain*, de Ndaba Mandela
Publicado originalmente en inglés por Hachette Books, un sello editorial
de Hachette Book Group, Inc.

1.ª edición, abril de 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Ndaba Mandela, 2018
© de la traducción, Ana Pedrero Verge, 2019
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

Fotografía de la página 10: archivo del autor

ISBN 978-84-493-3580-8
Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L.
Depósito legal: B. 6.102-2019

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Prólogo	11
1. <i>Idolophu egqibeleleyo iyakusoloko imgama</i> «La ciudad perfecta siempre queda muy lejos»	19
2. <i>Umtshi omde ufunyanwa yimimoya enzima</i> «El viento más fuerte azota al árbol más alto»	45
3. <i>Umntana ngowoluntu</i> «Ningún niño pertenece a una sola casa»	57
4. <i>Kublangene isanga nenkobla</i> «Lo maravilloso y lo imposible a veces confluyen»	77
5. <i>Uzawubona uba umoya ubheka ngaphi</i> «Escucha la dirección del viento»	101
6. <i>Ukwazi alukhulekwa</i> «Proclamar tu grandeza no te hará grande»	125

7. <i>Isikhuni sibuya nomkhwazeli</i>	
«La marca quemada a quien la agita»	143
8. <i>Intyatyambo engayi kufa ayibonakali</i>	
«La flor que nunca muere es invisible»	171
9. <i>Ukwaluka</i>	
«El camino a la montaña»	187
10. <i>Indlu enkulu ifuna</i>	
«Una casa grande necesita una buena escoba»	203
11. <i>Akukho rhamncwa elingagqumiyo emngxumeni walo</i>	
«No hay bestia que no ruja en su propia guarida»	217
<i>Ubuntu</i>	
Epílogo	241
Agradecimientos	251

CAPÍTULO 1

Idolophu egqibeleleyo iyakusoloko imgama

«La ciudad perfecta siempre queda muy lejos»

La primera vez que vi a mi abuelo yo tenía siete años y él setenta y uno; a mis ojos era ya un anciano, aunque para el resto del mundo no lo fuera. Me habían contado muchas historias del Jefe, cómo no; pero yo era un niño de corta edad, así que para mí esas historias no eran tan reales ni tan cercanas como las antiguas leyendas de los xhosa que me contaban mis tíos abuelos y otros ancianos del vecindario. La historia del niño que tenía una estrella en la frente; la historia del árbol que no se podía agarrar; la historia de Nelson Mandela encarcelado por los blancos; la historia de la matanza de Sharpeville... Fábulas y leyendas flotaban sobre las calles polvorientas y se mezclaban con las noticias de la radio que salían de algún coche. Parábolas y proverbios se colaban por las rendijas de las historias bíblicas contadas en el templo. La historia de los trabajadores de la viña, la historia de Job y sus muchas calamidades.

Mi padre era un buscavidas criado en las calles de Soweto, y, para bien o para mal, a los buscavidas se les da muy bien contar historias. La historia de dónde estuvo esa noche; la

historia de lo rico que sería algún día... Todos los adultos de mi entorno repetían sin descanso aquellas historias tuyas, cada cual adaptándolas a sus propias creencias, entre bocanadas de humo, tragos de cerveza y alguna que otra inclinación de cabeza. Bla, bla, bla. Siempre lo mismo. De niño no oía otra cosa. Aunque no les prestaba demasiada atención. Nunca sentí que estuvieran penetrando en mi interior e impregnándome hasta los tuétanos, pero eso es exactamente lo que ocurrió.

Yo era un niño espabilado de mente rápida e imaginación desbordante, pero nunca llegué a ser consciente de que mi familia estaba en el ojo de un huracán político extraordinario. No sabía por qué me llevaban siempre de acá para allá o por qué la gente reaccionaba de una forma tan distinta conmigo —o me amaban o me odiaban— por ser un Mandela. Tenía una vaga noción de que el padre de mi padre era una figura importante en la radio y la televisión, pero no tenía ni la más remota idea de la importancia que llegaría a cobrar en mi vida o de lo mucho que yo significaba para él.

Me habían dicho que mi abuelo quería a mi padre y que me quería también a mí y a todos sus hijos y sus nietos, pero yo no tenía prueba alguna de ello y desde luego no comprendía que algunas personas pensarán que podían utilizar el amor que Madiba nos profesaba para herir su espíritu y hundirle. Pensaban que el peso de ese amor sería una carga demasiado pesada, que aquello tendría efectos más devastadores que una temporada de trabajos forzados bajo el inclemente sol de Sudáfrica. Se equivocaban de medio a medio, pero no cejaban en su empeño. Primero permitieron que un nutrido grupo de fa-

miliares le visitaran por su cumpleaños cuando cumplió los setenta y uno, en julio de 1989. Aquello debió de ser como una gota de agua en la lengua de un hombre que lleva veintisiete años muriéndose de sed, pero aun así Madiba siguió negándose a ceder en el terreno político, así que, seis meses más tarde, permitieron una visita navideña para el día de Año Nuevo, apenas unas semanas después de mi séptimo cumpleaños.

Mi padre no se puso melodramático cuando nos anunció la visita. Se limitó a decir: «Vamos a ir a ver al abuelo a la cárcel». Hasta ese momento, eso habría sido como decir que íbamos a subirnos al coche para ir a conocer a Michael Jackson o a Jesucristo. En la tele parecían pensar que mi abuelo tenía un poco de ambos, es decir, algo de celebridad y algo de dios. A mí aquel giro de los acontecimientos me pareció de lo más inesperado, pero en África los niños estamos acostumbrados a no hacer preguntas. Mi padre y mi abuela dijeron: «Vamos a ir a ver al abuelo», y eso es lo que hicimos.

No se me ofreció ninguna explicación, y yo tampoco la esperaba, aunque la verdad es que me moría de curiosidad. ¿Cómo sería la cárcel? ¿Nos llevaría la abuela Evelyn hacia el otro lado de los barrotes de hierro pasando por un pasillo de cemento que nos conduciría a un patio rodeado de alambre de espino? ¿Habría unas pesadas puertas de hierro que se cerrarían a nuestras espaldas? ¿Se acordaría alguien de volver para abrirnos y dejarnos salir? ¿Estaríamos rodeados de asesinos y mafiosos? ¿Les darían mis tías una tunda con sus enormes bolsos?

Estaba dispuesto a pelearme para defender a mi familia y a mí mismo en caso necesario. Sabía manejar bien el palo. Mis

amigos y yo habíamos perfeccionado nuestra habilidad en la lucha a base de años jugando a pelearnos con palos en las calles sin asfaltar y en los pisoteados jardines. A mí me gustaba imaginarme como el héroe de una gran batalla, y desde luego tuve tiempo de sobra para fantasear con esa idea durante las trece horas que nos llevó ir de Johannesburgo al centro penitenciario de Victor Verster en una comitiva de cinco coches cubiertos de barro y cargados hasta arriba de esposas, hijos, hermanas, hermanos, primos, tías, tíos, bebés y ancianos de la familia Mandela. Como os podéis imaginar, fue un viaje bastante largo.

Condujimos durante lo que me pareció una eternidad a lo largo de suaves colinas y extensas sabanas en dirección a las montañas de Hawequas. Luego giramos hacia el sur en Paarl, una pequeña población con casas de estilo colonial holandés y fachadas blancas decoradas con volutas. Sentado en la parte de atrás del coche, bajé la ventanilla e inhalé el limpio aroma de las vides mojadas y la tierra recién arada. Antes de que la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales llegara a la región en la década de 1650, esta tierra fue durante un milenio la tierra de los hotentotes, que entonces se dedicaban a criar ganado y poseían una gran riqueza. Ahora, en cambio, el paisaje estaba dominado por los viñedos, y la montaña que los hotentotes habían llamado Tortuga había sido rebautizada por los holandeses como monte Pearl. La montaña, como es natural, permanecía ajena a todo aquello, y, a mis siete años, yo sabía tan poco como ella. No veía más que viñedos, todos de un verde brillante y perfectamente alineados, y yo aceptaba sin miramientos que así era como debían ser. Jamás lo cues-

tioné, porque, como todo niño africano, pronto aprendí a no hacer preguntas; pero ahora que soy un hombre —un hombre xhosa—, ahora que soy padre, hijo y nieto de africanos, me pregunto en qué momento las raíces de un viñedo habrán arraigado tanto como para ser más «nativas» que cinco generaciones de vacas.

Este tipo de preguntas demuestra cuán presente está la voz de mi abuelo en mi cabeza, a pesar de los años transcurridos desde su fallecimiento y de los muchos que han pasado desde que me marché a vivir con él en un mundo que giraba a toda velocidad y en el que ambos destruimos y volvimos a construir la idea que teníamos de lo que significa ser un hombre. Siento todavía su voz murmurando entre mis huesos, topándose con las viejas historias. Se me ha asentado en el tuétano como los sedimentos en un río. Ahora que me he hecho mayor, oigo cómo su voz brota de mi propia garganta. Todo el mundo me dice que hablo como él, y eso me hace sopesar mis palabras con mucho más cuidado, especialmente cuando intervengo en algún acto.

A la entrada de la cárcel había una pequeña garita de seguridad con una barrera, detrás de la cual se levantaba un arco blanco con forma de ángulo. En un llamativo cartel verde con letras amarillas se podía leer: «CENTRO PENITENCIARIO VICTOR VERSTER»; y justo debajo: «*Ons dien met trots*» («Servimos con orgullo»). Es posible que mis tías se miraran entre ellas al ver aquel irónico mensaje, pero si lo hicieron, yo no me di cuenta. En esos momentos estaba mirando hacia arriba, a las imponentes paredes rocosas de las montañas. Los adultos intercambiaron algunas palabras con los guardas de

seguridad que se habían asomado a la ventana de la garita. Y tras aquel bla, bla, bla los vigilantes apremiaron a aquella veintena de Mandelas a salir de sus coches y subirse a una furgoneta blanca de gran tamaño. Una vez estuvimos todos bien apretujados en los duros asientos del vehículo, nos volvimos a poner en marcha, pero no nos dirigimos al gran edificio de altos muros y alambre de espino que alojaba la prisión. Lo que hicimos fue bajar por un largo camino de arena que no era más que un par de trilladas marcas paralelas que conducía al extremo más alejado del complejo penitenciario.

La furgoneta se detuvo frente a la puerta de un garaje con forma de arco, y al bajar nos encontramos con un bonito bungalow de color salmón rodeado de abetos y palmeras. Mi abuela y mis tías abuelas se habían arreglado como si fueran a la iglesia o a una celebración importante, y ante aquellas paredes de color rosa pálido destacaban como aves exóticas con sus llamativos estampados de colores brillantes. Mi padre y los demás hombres de la familia iban con camisa y corbata y, antes de acercarse a la puerta, sacudieron las americanas que habían doblado antes con todo cuidado y se las pusieron.

La casa estaba rodeada por un muro que apenas alcanzaba la altura de mi padre. Había dos guardas armados junto a una puertecita de hierro forjado —parecía una bonita puerta de jardín, nada que ver con los chirriantes portalones de hierro que me había imaginado—; nos saludaron y luego nos hicieron un gesto con la mano para que entráramos. Y ahí estaba mi abuelo. Apenas tuve tiempo de vislumbrar su amplia sonrisa antes de que todo él desapareciera sepultado por una oleada de afecto. Las mujeres lloraban mientras corrían a

abrazarlo, gritando «¡Tata! ¡Tata!», que significa «padre». Los hombres esperaban su turno —con la barbilla rígida y la espalda recta— para estrechar al viejo entre sus brazos, cogerle la mano y apretarle los hombros. No hubo ni una lágrima. Solo mandíbulas apretadas y fuertes apretones de manos.

Los niños, entre ellos mi hermano Mandla, mi primo Kweku y yo mismo, nos quedamos atrás, sin saber muy bien qué hacer. El Jefe era un desconocido para nosotros, y él parecía entenderlo, ya que nos sonreía por encima de las cabezas de nuestros padres y abuelos, con paciencia pero a la vez ansioso por llegar hasta nosotros y saludarnos uno por uno. Cuando llegó mi turno puso mi manita sobre la suya, una mano enorme y tierna.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Ndaba —respondí.

—¡Claro, Ndaba! Bien, bien —asintió enérgicamente, como si me reconociera—. ¿Y cuántos años tienes, Ndaba?

—Siete.

—Bien, bien. ¿Y en qué curso estás? ¿Vas bien en el colegio? —Me encogí de hombros y miré al suelo—. ¿Qué quieres ser de mayor? —me preguntó.

Al ser un niño al que llevaban de acá para allá constantemente, no tenía respuesta para esa pregunta. No había visto más que la pobreza y los obstáculos que había a mi alrededor en los barrios marginales, y no quería hacer el ridículo diciendo algo tan tonto como «luchador de bastón».

El Jefe puso su gran mano sobre mi cabeza y sonrió.

—Ndaba... Bien, muy bien.

Me estrechó la mano de nuevo, muy formal, muy correc-

to, y pasó a saludar al siguiente niño. Siento decir que no fue un momento grandioso ni mucho menos. Trato de recordar qué es lo que sentí en el instante en que me puso la mano en la cabeza, cuando me dio aquel fuerte apretón de manos, cuando percibí la gran altura de la pernera de su pantalón, el olor a lino y a café cuando se agachó para escuchar mis tímidas respuestas a sus preguntas... y nada. No recuerdo nada. No reparé en nada de todo aquello. He leído lo que mi abuelo escribió sobre ese momento en *Un largo camino hacia la libertad*. Nunca le gustó escribir sobre asuntos familiares, pero ahí describe su alojamiento en Víctor Verster como una «casita con muy pocos muebles, pero confortable». Cuando lo leí solté una carcajada, porque, para un niño que se había criado en Soweto, aquella casa era una mansión.

El sofá y las butacas tapizadas a juego eran como nubes de color rosa. El immaculado baño era del mismo tamaño que la habitación que yo compartía con mis primos. Un hombre blanco que cocinaba y hacía las tareas del hogar para mi abuelo no paraba de entrar y salir de la cocina, sacando un sinfín de fuentes, de boles y de cestas con panecillos. En la parte trasera había una piscina azul impoluta en la que me moría de ganas de meterme. Estaba flanqueada por macetas de plantas y rodeada por el muro del jardín. Según me contó después mi abuelo, en la parte superior del muro había alambre de espinos, pero yo no me di cuenta, bien porque era demasiado bajito para verlo, bien porque estaba demasiado ocupado jugando en aquella hierba tan verde. Creo que si hubiésemos encontrado al Jefe recluido en el Ritz no me habría impresionado tanto. Cuando al cabo de un tiempo volvieron a pregun-

tarme qué quería ser de mayor, yo contesté, ipso facto: «¡Quiero ir a la cárcel!».

Como es natural, la prisión que esperaba ver aquel día era la de Robben Island, donde mi abuelo había pasado la mayor parte de su vida, encerrado en un inhóspito cuchitril. Al ver que el sentimiento *antiapartheid* crecía en todo el mundo, las autoridades trasladaron a Madiba a la casita del centro penitenciario Victor Verster, con el fin de separarlo de sus amigos y crear una fractura entre los miembros del Congreso Nacional Africano. Los enemigos políticos de mi abuelo esperaban socavar su determinación valiéndose de la seductora comodidad de aquella agradable casita, y prometiéndole además que podría ver de nuevo a su familia: la esposa que había sido encarcelada y torturada, los hijos que no había visto desde que eran pequeños, los nietos a los que todavía no conocía. Pero lo habían subestimado. En los dos años siguientes, mi abuelo se mantuvo en sus trece y no cedió ni un ápice en los encarnizados debates sobre el futuro de Sudáfrica en los que intervenía. Habría de pasar aún mucho tiempo para que me diese cuenta de que, aquel día, mis primos y yo nos repantigamos con los pies en alto en las mismas sillas en las que habitualmente se sentaba mi abuelo en compañía de grandes jefes de Estado, enfrascados en debates políticos e ideológicos que pronto alterarían el curso de la historia.

A medida que avanzaba el día, los adultos se reunían en la cocina y el salón formando pequeños grupos, tal como es usual en ellos, mientras que los niños nos acomodamos en la sala de estar, nos tumbamos sobre la moqueta y nos pusimos a ver el vídeo de *La historia interminable*. Recuerdo vagamen-

te cómo subían y bajaban las voces de los mayores cuando conversaban animadamente entre ellos, y cómo la vibrante voz de mi abuelo se imponía con gravedad sobre los demás; pero a los niños no nos interesaba su conversación.

Si soy totalmente sincero debo admitir que los recuerdos que tengo de aquel primer encuentro con mi abuelo son más bien borrosos. Sé cómo se comportó en aquella ocasión porque pasé con él miles de días como ese mientras yo crecía y él iba envejeciendo. Para los detalles, debo apoyarme en lo que he visto en épocas más recientes en esa cárcel que ahora se llama centro penitenciario Drakenstein. El llamativo cartel verde y amarillo sigue allí colgado, pero la gente solo repara en él porque se han acercado a ver la estatua de bronce que representa a mi abuelo como hombre libre, con el puño alzado y saliendo a zancadas de la prisión de Victor Verster el 11 de febrero de 1990. En mi mente, los detalles de aquella visita familiar son un *collage* de recuerdos, de artículos de periódico y de conversaciones con mi abuelo, con la abuela, mama Winnie, y con otros ancianos que fueron testigos del momento. Pero si hay algo que recuerdo claramente es *La historia interminable*.

Me imagino que un cuentacuentos xhosa la habría titulado «La historia del chico que salvó al mundo de La Nada». Para quienes no hayan visto la película o leído el libro de Michael Ende, narra la historia de un chico que emprende un peligroso viaje para hacer frente a La Nada, una amenaza invisible que, de una manera lenta pero inexorable, está destruyendo el mundo y a cuantos lo habitan. El chico se halla ante un abrumador desafío: debe encontrar la forma de detener

esta amenaza invisible, pero antes tiene que convencer a los demás de que esa amenaza existe de verdad. Debe hacerles comprender que todos los que han desaparecido tenían algún valor, que el mundo que ellos perciben ahora como «normal» no es el mundo tal y como debería ser, y que, si quieren que el mundo perviva, *deben cambiarlo*.

Esa es exactamente la historia de mi abuelo Nelson Mandela. Creo que también es mi historia. Y espero convencerte de que también es la tuya.

Madiba y sus compañeros del Congreso Nacional Africano, Gandhi y sus seguidores, Martin Luther King Jr. y las personas que se manifestaron con él; todos ellos lograron romper las cadenas físicas que había en el régimen del *apartheid*, en el mandato británico sobre la India y en la segregación racial impuesta por la ley de Jim Crow en Estados Unidos. La obcecación y crueldad del *apartheid* y de la segregación misma eran bien notorias. A los negros se les decía: «No, no podéis vivir en este o en aquel vecindario, ni en esta o aquella casa, porque está demasiado cerca de los blancos. No, no podéis subiros a ese autobús. No, no podéis beber de esa fuente o usar ese baño». Esas leyes eran injustas, y los jueces, los policías y los guardas de prisiones hicieron mal en defenderlas. Si era cierto lo de «servir con orgullo», no cabe duda de que deberían contemplar el pasado con vergüenza. Toda ley que viole los derechos civiles o humanos de una persona debería verse como un agravio a nuestro sentido de la justicia social. Debería rechinar en nuestra conciencia como si fuera papel de lija, y creo que eso es lo que sucede realmente; lo que pasa es que se nos da muy bien mirar a otro lado.

«Ser libre no es solamente quitarse las cadenas que nos atan —decía mi abuelo—, sino vivir de una forma que respete y mejore la libertad de los demás.»

Cuando mi abuelo y muchas otras personas como él lucharon por los derechos civiles de nuestro pueblo y rompieron las cadenas físicas del *apartheid* y de la segregación, era muy fácil identificar al enemigo. Pero, hoy en día, los jóvenes africanos —y muchos jóvenes de todas partes— tienen que luchar para romper las cadenas mentales que todavía siguen existiendo. Las cadenas mentales son mucho más difíciles de romper porque no se pueden tocar. No son tangibles. No son algo que se pueda mostrar. Son cadenas que solo existen en tu mente, pero pueden ser más fuertes que el hierro. Cada eslabón lo ha forjado una injusticia, sea grande o pequeña. Algunas nos las impone el mundo en general; otras nos las imponemos nosotros mismos. Bob Marley habla de las cadenas mentales en *Redemption Song* y ahí nos recuerda que la única persona que puede emanciparte eres tú mismo.

En mis viajes por el mundo, no paro de oír a jóvenes hermanos y hermanas de mi comunidad hablar sobre el «sueño americano» —una casa grande con piscina, muebles caros y un sirviente—, pero, para mí, eso es una cárcel. Oigo esa misma cantinela en anuncios publicitarios y en *reality shows*, donde la gente parlotea constantemente sobre esa estrecha concepción del valor y de la riqueza, y no puedo evitar pensar en el joven de Monrovia que sueña con tener una biblioteca, o en el niño sirio que sueña con ir a un colegio provisto de techo, o en el joven negro al que en Estados Unidos se ataca simplemente por decir aquello de «Mi vida importa». Veo en

ellos y en ti mismo —y hasta en mí, porque mi abuelo me abrió los ojos— a la nueva generación que va a reescribir el mundo.

«A veces le toca a una generación concreta ser grande —me dijo en una ocasión Madiba—. Y tú puedes formar parte de esa gran generación. Deja que tu grandeza salga a la luz.»

Nací en Soweto en diciembre de 1982. Mis padres tuvieron un matrimonio turbulento. Los dos tenían carácter, pero eran buenas personas y no encontraban la manera de hacer que su familia funcionara en una situación que los tenía contra las cuerdas. Cuando yo contaba solo dos años, mis padres se marcharon de Soweto porque la vida allí se había vuelto difícil a causa del acoso policial y de las violentas protestas que tenían lugar en los barrios negros. Nos mudamos entonces a casa de la abuela Evelyn —la madre de mi padre—, que vivía en Cofimvaba, un pueblo diminuto de la provincia de Cabo Oriental en el que tenía una tienda de comestibles. Era una zona rural con grandes campos de labranza. Muchas veces, de camino al colegio, mis compañeros y yo teníamos que compartir la calle con vacas y gallinas.

La abuela Evelyn era una testigo de Jehová de lo más devota, así que leíamos la Biblia todos los días, tanto por la mañana como por la noche. Antes de desayunar, pronunciaba una plegaria de unos diez minutos; y por la noche justo antes de cenar, la oración se extendía hasta los cuarenta y cinco. Los sábados y domingos asistía al oficio religioso que se celebraba en el templo. Un día, después de tres interminables horas allí sentado, le dije: «No quiero volver a hacer esto nunca

más». La abuela Evelyn se echó a reír y dijo: «Vale, está bien». Sabía que en casa ya hacía suficiente.

La vida en casa de la abuela Evelyn era agradable y estaba perfectamente organizada. Ella era la que mandaba, pero ahora tenía a mis progenitores por allí. Mi padre se encargaba de administrar la tienda de comestibles, aunque a mí siempre me dejaba coger patatas fritas, chucherías, chocolatinas o lo que se me antojase. A veces me mandaba a comprarle cigarrillos, cosa que me hacía sentir mayor. Cuando cumplí siete años, papá me compró una oveja y luego la matamos y la cocinamos a la parrilla; era lo más delicioso que había probado en mi vida. Para mis padres, fue una buena época. Estaban juntos, eran jóvenes y gozaban de buena salud, pero es que además éramos una familia feliz. Cuando llegaron las vacaciones, la hermana de mi padre, Makaziwe (a quien yo llamo tía Maki) vino a visitarnos con mis primos Dumani y Kweku. Kweku tenía tres años menos que yo, pero nos lo pasábamos muy bien juntos.

Allí todos hablaban isiXhosa. Fue la primera lengua que hablé, la lengua que aún amo. En la película *Black Panther*, los habitantes de un mundo irreal llamado Wakanda hablan isiXhosa, el idioma en el que nos criamos mi abuelo y yo, y desde que salió la película y arrasó en las taquillas de todo el mundo, ha surgido un cierto interés por él. Me hizo muy feliz que se encendiera esa chispa, que la gente viera la verdadera belleza y el poder de África, y que mi lengua materna se oyera en todo el mundo. Es un idioma muy teatral que incorpora chasquidos, gruñidos e inflexiones musicales que no tiene ninguna otra lengua. Para hablarlo hay que hacer uso de todo el cuerpo, de la mandíbula entera, y no solo de la lengua.

En la década de 1960 había una canción tradicional de los xhosa llamada *Qongqothwane* —es una tonada que se canta en las bodas para desearle prosperidad a la feliz pareja— que se hizo muy popular gracias a Miriam Makeba. Los europeos la llamaban «la canción del chasquido» porque en sus idiomas no existe ese característico sonido consonántico que sí tiene el isiXhosa. Esta es una lengua tonal, así que una sílaba significa una cosa cuando se pronuncia con tono alto y algo completamente distinto cuando se pronuncia con tonalidad baja. Es una diferencia que no se puede apreciar en la escritura. Para comprender verdaderamente este idioma, hay que vivirlo.

Empecé a aprender inglés a los siete años, cuando me mudé a Durban con mi padre. No sé por qué mi madre no vino con nosotros. Solo recuerdo que no estaba y que si hacía demasiadas preguntas sobre el tema, me llevaba una azotaina. Papá y yo nos quedamos con la familia de Walter Sisulu, un activista del Congreso Nacional Africano (CNA) que había estado encarcelado con mi abuelo. Su esposa, Albertina Sisulu, enfermera de profesión y activa luchadora en pro de la libertad del CNA, era prima de la abuela Evelyn, amén de su mejor amiga. Se la conocía como la «madre de la nación», pero para mí fue siempre mama Albertina. Mama Albertina me tomó bajo su protección. Tierna y severa a la vez, supo crear un hogar para siete niños y otros tantos adultos. Teníamos que compartirlo todo, y, aunque éramos muchos, reinaba la amabilidad entre nosotros y siempre había comida en casa, algo que no supe apreciar hasta mucho más tarde. Todos los adultos participaban de una u otra manera en el CNA, así que los niños vivíamos inmersos en aquel ambiente —la

retórica, la pasión, la determinación de los activistas—, y todo eso pasó inevitablemente a formar parte de nosotros. Sentíamos la opresión del *apartheid* día tras día, y por eso pensábamos en la libertad y la responsabilidad en una dimensión más elevada que la mayoría de los niños.

Muchos africanos de ascendencia india se habían afincado en Durban —la ciudad con más indios fuera de la propia India— porque, tal como mandaba la Ley de Agrupación por Zonas, los «asiáticos» y los «no blancos» tenían que establecerse en las áreas designadas para ellos. En Durban tuve que ir a un colegio musulmán en el que la inmensa mayoría de los alumnos eran indios. Yo era el único niño negro de mi clase, y me resultó bastante duro, la verdad. Lo único que podía hacer era demostrar más fortaleza que los abusones. Chivarse o quejarse a la familia no servía de nada. Los adultos con los que entonces vivía tenían sus propios problemas.

Me sentí aliviado cuando mamá volvió y me llevó a vivir con su hermano en una zona relativamente decente de Soweto. La casa era diminuta, pero tenía agua corriente y una cocina con dos fogones; aunque lo más importante era mamá, que al fin estaba conmigo. Echaba de menos a mi padre, pero me gustaba el colegio católico de Johannesburgo. Viví con la familia de mi madre durante algún tiempo, y luego me fui con la de mi padre. A veces estaba con mi madre, y otras veces me quedaba con mi padre. Mis padres solo se juntaban de vez en cuando, pero su relación empezaba a volverse violenta. A veces tenía miedo, y otras veces me picaba el hambre. Recuerdo que una noche me mandaron a casa del vecino para que le preguntase si podía darme algo de cenar.

Al final me enviaron un tiempo con mama Winnie y su familia, cuyas posibilidades de alimentarme eran un tanto mejores. Winnie Mandela era conocida en toda Sudáfrica, no solo por ser la segunda esposa de mi abuelo, sino por su incendiario activismo en pro del CNA. El Gobierno la tenía vigilada. Mientras Madiba estuvo en la cárcel, Winnie fue detenida y torturada, con lo cual debían de querer torturar también a mi abuelo, que, preso como estaba en Robben Island, nada podía hacer para ayudarla. Pero ni la detención ni las torturas consiguieron amilanar a mi abuela. En realidad, lo que hicieron fue fortalecer su determinación y la del propio CNA. Cualquiera que llevara el apellido Mandela estaba sujeto a la vigilancia y el acoso del Gobierno, y de ahí que todos aquellos adultos tuvieran que hacerse con lugares seguros, tanto para sí mismos como para sus hijos. Los niños nos limitábamos a ir a donde se nos mandara y a sobrellevar la situación como mejor podíamos.

Mamá Winnie vivía en Soweto en la esquina de Vilakazi Street con Ngakane, al final de la calle donde residía el arzobispo Desmond Tutu. Su casa es ahora un museo llamado Mandela House. Fue declarada patrimonio nacional en 1999. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve allí, pero la verdad es que me resulta extraño que los turistas vayan a visitar las minúsculas habitaciones en las que vivíamos y el excusado en el que teníamos que verter un cubo de agua después de cada uso. Lo recuerdo como un lugar en el que fui muy infeliz, pero nunca me quejé. Me sentía agradecido por tener cobijo y comida, pero echaba mucho de menos a mis padres y tenía la sensación de que no era precisamente

bienvenido en una casa ya de por sí abarrotada. Muchas veces me escapaba a casa de mi padre, al otro lado de la colina, y al final papá me dejó volver con él. Más adelante, mi madre se vino también con nosotros, pero mis padres tenían fuertes discusiones. Tras el nacimiento de mi hermano Mbuso, las pasaron moradas: apenas ganaban lo suficiente para sobrevivir.

Para cuando cumplí los diez años ya me había acostumbrado a la sensación de inestabilidad que reinaba en mi vida, aunque siempre me sentí querido. La tía Maki se mudó a Estados Unidos durante unos cuantos años para sacarse un doctorado en antropología en la Universidad de Massachusetts. Kweku se había marchado con ella y yo le echaba de menos, pero en Jo'burgo tenía un buen grupo de amigos. Iba al Colegio del Sagrado Corazón, una escuela católica que había abierto sus puertas a los niños negros —en realidad, a niños de todas las razas— tras los disturbios de Soweto del 16 de junio de 1976. Ese día, estudiantes de bachillerato de raza negra salieron a protestar contra la imposición del afrikáans en los centros docentes de toda la región. La manifestación fue reprimida con una brutalidad extrema. Según la policía —que acribilló a aquellos niños con armas semiautomáticas—, se registraron 176 muertes, pero en realidad fueron muchas más; algunos dicen que hubo seiscientas o setecientas personas muertas y más de un millar de heridos. Nunca se sabrá cuáles fueron las cifras reales, porque la policía ordenó a los médicos que dieran parte de todas las heridas de bala que detectaran para poder procesar a los heridos, pero los médicos no hicieron caso e informaron de lesiones tales como «abscesos» y

«contusiones» en lugar de las heridas de bala y porrazos que en realidad trataban.

El nivel de violencia subió y bajó como la marea en el curso de unas horas, y por la noche llegaron unos vehículos blindados llamados «Hippos» que recorrían continuamente las calles. Los Hippos eran algo habitual en los barrios negros de Soweto y de Johannesburgo. Su inconfundible armazón estaba pintado de amarillo chillón con una raya azul. Los Hippos estaban diseñados para circular por campos de minas, así que podían arrollar manifestantes sin ninguna dificultad. En su interior cabían diez soldados como máximo, que podían salir por la parte trasera en cuanto lo consideraban conveniente, aunque por regla general se quedaban dentro porque la ametralladora de doble cañón de la torreta ya intimidaba bastante por sí sola. Justo al día siguiente de los disturbios llegaron al barrio unos mil quinientos policías provistos de pistolas paralizantes y de rifles automáticos. El Ejército de Sudáfrica estaba a la espera para apoyarlos en caso de que fuera necesario. Al final se logró aplacar los disturbios, pero ya nada volvió a ser como antes.

El Colegio del Sagrado Corazón reaccionó a estos hechos colocando un anuncio en sus puertas en el que se decía que, en aquel centro, todas las razas eran bienvenidas. Fue una de las primeras escuelas en hacerlo, por lo que muchos miembros del Congreso Nacional Africano mandaron allí a sus hijos. Durante aquellos años, el CNA era como una gran familia. Los niños no entendíamos el grave peligro que corríamos, pero las madres estaban siempre alerta, listas para reaccionar. Sabían que su mayor esperanza estaba en el apoyo y la pro-

tección mutua. Los nietos de Walter Sisulu y Jacob Zuma, dos miembros del CNA encarcelados con mi abuelo en Robben Island, eran amigos míos y estudiaban también en el Colegio del Sagrado Corazón del distrito de Observatory, un barrio que estaba a unos diez minutos de nuestras casas.

Mis amigos y yo habíamos oído historias sobre los disturbios de Soweto y sobre otras batallas campales que habían tenido lugar entre los manifestantes y la policía. Jugábamos a pelearnos con bastones —éramos policías y manifestantes en vez de polis y ladrones—, imitando la violencia que veíamos a diario en la televisión. Decíamos con toda jactancia que si el Ejército se acercaba a nuestras casas nos enfrentaríamos a él nosotros solos.

Un día de otoño de 1992 —en Sudáfrica el verano termina en abril, o sea que probablemente fuera mayo—, mis amigos y yo estábamos jugando al fútbol cuando vimos que se estaba empezando a formar una manifestación en el otro lado de la calle. Sopesamos las posibles represalias. Estábamos en primaria, contábamos diez años de edad y todavía le teníamos miedo a nuestras madres, abuelas y tías. No nos gustaba meternos en líos que pudieran desatar su ira. Pero decidimos que ya éramos unos hombres —«¡Somos guerreros!»—, nos dijimos en un arranque—, y allá que nos fuimos.

No era una manifestación de las grandes, sino un grupo pequeño pero encendido de veinteañeros que no superaba el centenar, entre los cuales había tanto hombres como mujeres, que cantaban, sostenían pancartas y gritaban al unísono. Mis amigos y yo les seguimos los pasos y marchamos junto a ellos gritando y cantando. No habíamos avanzado más que dos o tres

manzanas cuando vimos uno de aquellos enormes Hippos amarillos en una esquina. En la torreta hubo un movimiento brusco. ¡Clonc, clonc, clonc! Varias latas de gases lacrimógenos pasaron por encima de nuestras cabezas. Y entonces se desató el caos. La gente gritaba y se dispersaba. Corrían en todas direcciones, cegados por los gases lacrimógenos, desesperados por alejarse del Hippo. Algunos tropezaban y caían al suelo. Otros les ayudaban a levantarse.

Mis amigos y yo nos alejamos y corrimos hacia casa como una bandada de pajarillos desconcertados. Estábamos a muy pocas manzanas de la calle en la que habíamos pasado la mañana jugando. Entonces el Hippo rugió, escupió unos cuantos gases y se detuvo justo en la intersección, pero nosotros seguimos a toda velocidad, sin tiempo apenas para girar un instante la cabeza. Echamos a correr con los ojos llorosos, las gargantas cerradas y los senos nasales llenos de unos mocos que quemaban como lava ardiente. Llegamos a la puerta de casa tosiendo, escupiendo y casi vomitando; pero no parábamos de decirnos que no estábamos llorando, que era el gas lacrimógeno que nos escocía en los ojos. No es que estuviéramos aterrados. Al contrario. ¡Estábamos eufóricos! Para nosotros había sido un momento digno de orgullo. Al fin éramos soldados de verdad. Conocíamos el escozor de los gases lacrimógenos.

Aquel ataque no duró más que unos minutos, pero lo más increíble de todo es lo poco excepcional que fue en el marco de aquella situación. Dudo que este incidente saliera en el informativo de la noche. No fue más que una escaramuza menor en la sucesión de refriegas, incursiones y oleadas de en-

frentamientos violentos que se producían todos los días en nuestros barrios. La única razón por la que ocupa un lugar destacado en mi memoria es porque es la «historia de la primera vez que sentí la quemazón del gas lacrimógeno». Y no sería la última.

Así era la vida durante el *apartheid*. La policía podía presentarse de pronto en un barrio negro y hacer redadas en todas las casas que se le antojasen. Quien oponía resistencia se llevaba una paliza o acababa detenido. La única forma en que la minoría blanca podía controlar a la abrumadora mayoría de la población negra era asustándola, manteniéndola en la pobreza y destruyéndola década tras década mediante la terrible narrativa de su inferioridad. Había algunos blancos que detestaban el *apartheid* y que sabían que era injusto; y además estaba claro que, en términos logísticos y económicos, era insostenible. Los que estaban en el poder sabían que aquel régimen acabaría desapareciendo; lo único que no sabían era cómo lo haría. Para ellos, el único final posible era la violencia, porque este era el único medio que contemplaban para darle continuidad.

Mientras tanto, el mundo entero estaba inmerso en una revolución cultural. Mi abuelo fue detenido en agosto de 1962 (acusado de incitar a los trabajadores a la huelga y de salir del país sin pasaporte) y puesto en libertad en febrero de 1990. Durante las casi tres décadas que pasó en la cárcel, el mundo había cambiado por completo. Pensemos en la diferencia que hay entre un niño que ve *Howdy Doody** en un televisor en

* Programa de entretenimiento infantil emitido por la cadena norteamericana NBC desde 1947 hasta 1960. (*N. de la T.*)

blanco y negro y otro que mira *Ren y Stimpy** en un ordenador. En la diferencia que hay entre Chubby Checker bailando al son de *The Twist* y Dr. Dre sacando el disco *The Chronic*. Para entonces ya existían The Beatles. Había estallado la guerra de Vietnam. La integración se hizo ley en Estados Unidos y en Europa. Surgió la MTV. Las canciones de Michael Jackson y de Prince sonaban en discotecas de todo el mundo, desde Soweto hasta Suecia. El Telón de Acero había desaparecido. La Unión Soviética se había venido abajo. El Muro de Berlín había caído. Una auténtica revolución cultural, liderada por artistas y músicos, poetas y *club kids*,** punkis y fanáticos del anime, había reescrito el mundo; y aquella nueva generación hacía uso del poder que una oleada de avances tecnológicos les había conferido.

A finales de la década de 1980, el Gobierno supremacista de los blancos sudafricanos era condenado públicamente en casi todo el planeta. Sabían que el progreso se cernía sobre ellos; eran bien conscientes de lo que se avecinaba, pero estaban aterrorizados. ¿Qué ocurriría cuando dejaran de pisar el cuello a los negros, a una población que superaba a la blanca en una proporción de diez a uno? ¿Cómo podían unas personas que habían estado tan oprimidas y tan maltratadas reaccionar de otra manera que no fuera con una ira que a fin de cuentas estaba justificada? Sabían que Mandela tenía mucha influencia sobre los negros y que siempre abogaba por la re-

* Serie de animación emitida desde 1991 hasta 1996. (N. de la T.)

** Tribu urbana que surgió en Nueva York a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, cuya estética se caracterizaba por su extravagancia. (N. de la T.)

conciliación y el perdón, pero ¿dónde quedaría su discurso sobre la paz cuando la población negra tuviera a su alcance la posibilidad de vengarse? Creer que el perdón puede tener más poder que la violencia es todo un acto de fe. Algunos lo llamarían insensatez.

Los xhosa tenemos una expresión antigua, «*Idolophu eggi-beleleyo iyakusoloko imgama*», que más o menos viene a decir que Bakuba —la ciudad perfecta, la ciudad de Utopía, o como queramos llamarla— queda muy lejos. Nadie ha logrado jamás llegar hasta allí. Pero eso no significa que no exista o que no pueda existir en el futuro. Puede que haya que luchar y trabajar mucho para llegar a Bakuba, pero merece la pena esforzarse para hacer realidad esa gran concepción de la paz y la igualdad.

Cuando conocí a mi abuelo era un hombre que estaba más cerca del final de sus días que del principio. Le habían arrebatado veintisiete años de recuerdos, experiencias y oportunidades, pero sus ideales seguían intactos, al igual que su determinación y su alegría de vivir. Sabía que el cambio se acercaba. «Me importa bien poco si llego a verlo o no —dijo en una entrevista en la BBC—, pero no me cabe duda de que está muy cerca, y eso es lo que me motiva.»

La liberación de mi abuelo en 1990 fue un gran momento para nosotros. Casi toda la familia fue a recibirle a la salida de la cárcel, pero no hubo tiempo para mucho más que un breve apretón de manos. Fue absorbido por una multitud de admiradores, personas que lo aplaudían allá donde fuera, que lo querían y que habían estado esperando para poder tocarle un instante o sencillamente para ver su figura pasar dentro del

coche. Una enorme sensación de euforia invadió Sudáfrica, pero las cosas no cambiaron de la noche a la mañana. El régimen segregacionista seguía vigente. Esa era una batalla que todavía no se había ganado.

Mi abuelo solía contar una historia sobre un gran guerrero. Existen distintas versiones, pero, en esencia, así es como él la contaba: «Hace mucho tiempo vivió un valiente bosquimano que luchó contra los afrikáners. Luchó contra ellos ferozmente durante largo tiempo, pese a que sus contrincantes iban armados y él no tenía más que su arco y sus flechas. Vio caer a todos sus camaradas, hasta que al final se quedó solo en la lucha; aun así siguió combatiendo a los afrikáners, pero un día se encontró en el borde de un precipicio con una sola flecha en el carcaj. Los afrikáners lo vieron y se quedaron impresionados al comprobar que seguía luchando él solo, cuando ya todos los suyos habían caído. Rápidamente sacaron la bandera blanca y le dijeron: “Ya hemos acabado con todos tus hombres. Hemos vencido a tu pueblo. No tienes otra opción que bajar tu arma y rendirte. Acércate; te daremos comida y agua y daremos el asunto por zanjado”. Entonces el bosquimano alzó su arco, disparó su última flecha y saltó al vacío».

Aunque no era más que un niño, yo sabía que esta historia trataba del momento en que hay que elegir entre el instinto de supervivencia y el compromiso con una causa mucho más grande que tú. En 1964, Madiba dijo en el curso de su juicio: «He luchado contra la dominación blanca y contra la dominación negra. He albergado el ideal de una sociedad democrática y libre en la que todas las personas vivan en armo-

nía e igualdad de oportunidades. Es un ideal al que quiero consagrar mi vida y que espero alcanzar algún día. Y si es necesario, estoy dispuesto a morir por él». No era mera palabrería ni una simple bravuconería o una expresión hiperbólica por su parte. Mi abuelo estaba convencido de que el Gobierno iba a condenarlos a la horca, tanto a él como al resto de sus compañeros, por terroristas. Había llegado el momento de la verdad, el momento de saltar al vacío, el momento en el que se consideraron *afortunados* de ser condenados a pasar el resto de sus vidas en la cárcel.

Así que saltaron al vacío, perfectamente preparados para morir, y se pasaron veintisiete años cayendo. Pero entonces ocurrió algo maravilloso: alguien los cogió al vuelo. Se encontraron en los brazos de millones de personas que creían en el CNA y en su idea de una Sudáfrica libre y democrática. Estaban dispuestos a morir por ella, pero, ante todo, estaban preparados para consagrar su vida a esa idea. Estaban preparados para levantarse y ponerse manos a la obra, para aferrarse a sus ideales y sacrificarse por ellos.

«Nuestro pueblo exige democracia», dijo Madiba en una sesión conjunta del Congreso de Estados Unidos celebrada en 1990. «Nuestro país, que aún sigue sangrando y sufriendo, necesita democracia.»